

Margarita Vilar Rodríguez. Los salarios del miedo. Mercado de trabajo y crecimiento económico en España durante el franquismo. Santiago de Compostela, Fundación 10 de marzo, 2009, 391 págs., ISBN: 978-84-937546-0-0.

Los salarios del miedo es un trabajo necesario, ambicioso y riguroso que incluye aportaciones básicas para el avance de la historiografía económica española, y que en la coyuntura de profunda crisis económica y de paradigma en la que nos encontramos aumenta si cabe su interés. El libro consta de una introducción, 5 capítulos más uno de conclusiones; además de incluir conclusiones parciales de gran utilidad al final de cada capítulo.

En la introducción, la autora plantea uno de los problemas que más ha preocupado en la historiografía económica, el del crecimiento económico y la convergencia entre países, asuntos que ocupan un lugar protagonista, aunque desde mi punto de vista algo descompensado respecto a las aportaciones reales que encontramos en el desarrollo de la obra. En menor medida, esta parte sitúa el estudio en la historiografía sobre la crisis de la posguerra civil y en el análisis del mercado de trabajo que son, sin duda, los temas principales y la gran aportación de este libro.

En el capítulo uno, el libro entra de lleno en el análisis del mercado de trabajo, abordando las relaciones laborales y el profundo cambio que trajo el franquismo en este ámbito. Aquí la autora contextualiza su investigación, ofrece una guía muy completa de la legislación laboral y, sobre todo, abre otras 2 líneas de análisis. Por un lado, introduce una de las tesis principales del libro: el terror y el control como mecanismos de reparto de los beneficios siempre deficientes para los trabajadores. Por otro, aborda uno de los principales problemas metodológicos a los que se ha enfrentado Vilar: las diferencias entre la legalidad y la realidad, entre los salarios oficialmente estipulados y los realmente percibidos y los costes laborales y su vinculación con los niveles de vida reales de las familias trabajadoras.

El segundo capítulo contiene una de las grandes aportaciones de este trabajo: una nueva serie salarial entre 1908 y 1963. Posiblemente sea esta serie la parte más utilizada y citada del trabajo de Vilar y donde se observa claramente el reto tan importante al que se enfrentó la autora por las dificultades documentales y metodológicas de acometer el análisis de los salarios con anterioridad a los años 60. Pero, es también la parte que presenta las limitaciones más importantes, al dejar fuera los salarios femeninos y en el sector servicios, y por la dificultad de valorar las diferencias entre el salario efectivo y el coste laboral. Además, en este capítulo se muestra desde 2 ángulos la gran ruptura que la Guerra Civil supuso para las clases trabajadoras y su poder adquisitivo. Primero, con relación a los países de su entorno, España siguió la misma pauta que estos hasta la Guerra Civil para divergir posteriormente. Y segundo, porque las nuevas condiciones políticas derivadas de la victoria franquista en la guerra supusieron una pérdida del 50% del poder adquisitivo de los trabajadores, según los cálculos de Vilar.

En el capítulo 3, Vilar estudia los niveles de vida de los trabajadores, la cobertura social del Estado y las estrategias de supervivencia de las familias trabajadoras. Intenta aquí acercar los datos recogidos en su serie a la realidad y a las condiciones materiales de vida de los asalariados y sus familias. Es precisamente el análisis del inexistente Estado de bienestar franquista, a pesar de la eficacia de su propaganda, una de las líneas de investigación que la autora ha proseguido exitosamente, y que en este libro le sirven para mostrar la distorsión que el sistema de remuneración seudoasistencial supuso para el funcionamiento del mercado de trabajo. Funcionamiento distorsionado pero que, como defiende Vilar, resultó políticamente exitoso, al ayudar a mantener una política salarial represiva, y a amortiguar las tensiones sociales en un fuerte contexto inflacionario.

El concienzudo y riguroso análisis de los beneficios sociales que se incluían en el coste salarial le sirve a la autora para reforzar 2 de sus tesis principales. Por una parte, que este sistema no benefició a los trabajadores pues seguían teniendo salarios de miseria y soportando el coste de servicios sociales de poca calidad y escasa accesibilidad. Y por otra, que provocó un deficiente funcionamiento del mercado de trabajo del que tampoco se beneficiaban los empresarios.

Aun estando de acuerdo con Vilar en ambas cuestiones, existen limitaciones en su análisis. Por un lado, la participación de las mujeres y de otros miembros de la familia en las estrategias familiares fue muy superior a lo que las restricciones legales muestran. Además, lo que la autora llama «políticas familiares», fueron en realidad políticas para imponer un modelo de familia que encajaba perfectamente con la inhibición del Estado en gasto social y con el control moral y político al que se quería someter a las clases trabajadoras y donde el apartamiento de las mujeres de la esfera pública y el ideal de domesticidad desempeñaron un papel esencial que, sin embargo, no fue incompatible con el aprovechamiento que muchas empresas hicieron de esa domesticidad con miles de mujeres cosiendo, zurciendo, pegando juguetes o suelas de zapatos por ínfimos salarios y sin ningún reconocimiento o cotización social. Y por otro, las quejas de los empresarios recogidas por Vilar siempre tienen como fuente las Cámaras de Comercio que se lamentaban de los costes laborales altos al tiempo que los reducidos salarios de los trabajadores no permitían la recuperación de la demanda interna. Pero había también otros empresarios, como los agrícolas latifundistas, que nunca se quejaron de los bajos salarios de sus trabajadores sino que se beneficiaron de ello e incluso lucharon para la fijación de la mano de obra en el campo, que estaba a todas luces subempleada, pero que les permitía tenerla disponible y a bajo coste en los momentos de fuerte demanda en el campo. En este sentido, no solo faltan trabajadores en este estudio sino también diversidad entre el empresariado.

En el cuarto capítulo, Vilar analiza el impacto de la contienda civil en la distribución funcional de la renta. Los resultados muestran una redistribución favorable al capital y la existencia de un Estado con un mecanismo de redistribución regresivo. Es quizás esta parte la que tiene mayor interés de cara a iluminar el análisis de la situación económica actual. Cuando no hay herramientas de negociación colectiva, o estas se deterioran, y existe miedo, ya sea a la cárcel entonces o a la pérdida del empleo y de la vivienda ahora, la distribución funcional de la renta favorece al capital. Vilar muestra que, además de perjudicar a las rentas salariales, los cambios en la distribución funcional de la renta tras la Guerra tuvieron que provocar graves efectos en el modelo productivo.

Precisamente, de esto último trata el quinto capítulo del libro. Para Vilar el marco laboral represivo y asfixiante de la posguerra civil desvalorizó la cualificación, distorsionó la distribución eficiente de la mano de obra entre los sectores productivos y frenó la integración del mercado de trabajo interno. Esto perjudicó a lo que la autora considera los 2 puentes básicos del crecimiento económico: el capital humano y la productividad. De nuevo se encuentra con algunas limitaciones metodológicas, algunas detectadas por la autora como el problema del cálculo de la productividad dada la extensión de las horas extraordinarias y los sobresueldos, y otras que ni siquiera huele, y que son consecuencia de una aplicación acrítica de la teoría del capital humano. Así, no tiene en cuenta la construcción social de la cualificación que, como demuestran los estudios de economía feminista y también algunos estudios históricos, estaba en muchos casos vinculada a privilegios que poco tenían que ver con la formación o la experiencia profesional y sí, por ejemplo, con el sexo del trabajador.

En conclusión, se trata de una obra valiente, rigurosa y que permite conocer mejor el funcionamiento del mercado de trabajo durante la autoría y la forma en la que el «mal funcionamiento»

de este mercado lastró el crecimiento económico. No obstante, el análisis del crecimiento económico que aparece en el título del libro, y que sustenta la justificación teórica del mismo en la introducción, no tiene el protagonismo que se promete al inicio.

En este sentido, esta obra presenta un desfase entre el debate teórico en el que dice insertarse y donde realmente se sitúa. Posiblemente sea el interés por situarse en temas de mayor impacto en la historiografía económica española por lo que exista esa divergencia entre lo que el libro dice ser y lo que realmente es. Desde mi punto de vista, es mucho más interesante lo que es el libro que lo que dice ser, y estamos más necesitados de estudios sobre la desigualdad y la realidad laboral que sobre el crecimiento y la convergencia.

Además de este desfase, el libro contiene algunos problemas metodológicos que ya he comentado y que sería interesante que la autora intentara corregir en futuros trabajos derivados de este. En

mi opinión, uno de los relevantes es la no inclusión de los salarios de los servicios y, sobre todo, de las mujeres en su serie salarial, cuando hay fuentes y estudios que permitirían hacerlo. Sin la inclusión de la participación económica de las mujeres difícilmente se puede analizar con rigor el funcionamiento del mercado de trabajo en el franquismo y explicar cómo afectó la ruptura bélica a los niveles de vida de las clases trabajadoras. Además, en las reglamentaciones salariales franquistas de varios sectores había salarios diferenciados para mujeres, lo que le habría permitido a la autora avanzar más en la distancia entre la norma y la realidad, y en la remuneración del capital humano y de la productividad frente a la construcción de los privilegios.

Lina Gálvez Muñoz

Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2014.03.001>

Ellen Hillbom and Patrick Svensson (Eds.). Agricultural Transformation in Global History Perspective. London and New York, Routledge, 2013, XVI + 338 págs., ISBN: 978-0-415-68495-8.

This volume is a collection of studies on agricultural development with great variation both in geography and time. Chapters range in focus from 17th century South Africa to modern day Peru. The underlying goal is to explore the process of agricultural transformation in the different times and places studied, in an attempt to provide some direction on the factors important to this major contributor to development.

The editors Ellen Hillbom and Patrick Svensson open the volume with an introduction that does an excellent job of summarizing much of the “big-think” or meta-historical work on agriculture and development. They make a good argument that while this literature often paints the agricultural transformation as a homogenous process that varies only in its timing across countries, there is in fact a diversity of experience in the world regarding this process. Adding to this diversity, they rightly point out that agricultural transformation takes place over such long time periods that trying to study it in isolation is doomed to fail given the other changes taking place at the same time within countries and around the globe.

While the diversity displayed in the chapters is unmistakable, it is almost irresistible to try and draw some broad conclusions. Peter Timmer provides a postlogue to the volume, giving an integrated view of the included chapters. Timmer tries to place the works back into the context of a general model, and those familiar with his earlier work will recognize the discussion of Mosher, Johnston-Mellor, Schultz-Ruttan, and Johnson stages of agricultural development.

In the introduction, the editors themselves lay out several themes they find working through the various chapters. Their theme topics certainly come up sporadically, but the chapters all end up centering around the distribution of land. At the risk of ignoring the diversity that is a highlight of the volume, all of the editors themes can in some sense be brought back to land. Natural pre-conditions are important in the sense that Engerman and Sokoloff hypothesized: they help determine the distribution of land. State and government policy are important to the extent that they foster a broad distribution of land or not. Population growth is an issue when land is in short supply and institutions do not allow for it to be redistributed to support this population efficiently. Markets and non-agricultural opportunities turn out to depend in large part on the land security enjoyed by rural farmers. The themes of equity

and access to factors of production are by definition concerned with the distribution of land.

What the chapters find repeatedly is that where land is widely available, and large proportions of peasants have meaningful access to land, agricultural production is robust and the conditions supporting agricultural transformation are in place. Those places where land is unequally distributed suffer for several reasons. First, large landowners tend to either passively or actively oppose development, as in the work of [Galar et al. \(2009\)](#), [Wright \(1996\)](#), or [Conning and Robinson \(2007\)](#). Secondly, severe land inequality tends to imply that a large portion of peasants are too poor to afford the fixed costs necessary to move out of poverty, as in [Banerjee and Duflo \(2005\)](#). It is important here to distinguish between the institutional structure surrounding land – titling, tenure arrangements, and the like – and the effective distribution of land holdings. There is nearly infinite diversity in the institutional structure around land, and determining precisely what institutional structure is appropriate for the agricultural transformation is nearly hopeless. What the chapters in this volume show, though, are that regardless of the institutional structure an unequal distribution of land appears to be concretely related to a lack of development.

Looking at Spain, Jose-Miguel Lana-Berazain (Chapter 1) on the southern Navarre and Carlos Santiago-Caballero (Chapter 6) on Guadalajara both document high inequality associated with low agricultural production and an outflow of resources from rural areas. Henry Willebald (Chapter 3) traces the origin of the land-owning elite in Uruguay, showing that they arose despite notional institutions similar to those in low inequality countries.

The ability of large landowners to influence agricultural development comes in part from their market power over a necessary input to production, land. Erik Green (Chapter 9) shows in Malawi that when peasant farmers have outside options, this market power is lessened and peasants maintained a higher standard of living. This contrasts with Peru, where Jackeline Velasco and Vicent Piniella (Chapter 10) document that peasants depend heavily on wage income when they have no land, and in this kind of situation landowners are able to exert market power.

Ellen Hillbom (Chapter 7) discusses farmer's access to finance in Tanzania, finding that they are almost universally unable to access formal financial channels, relying instead on contract-farming or perhaps NGO's. This contrasts with credit relationships in Swedish agriculture, analyzed by Mats Olsson and Patrick Svensson (Chapter 8). Here, nearly all families were involved in webs of informal finance, with some even serving as central clearing-houses for local villages.